

PORTADA

LAREOISTA BIANCA

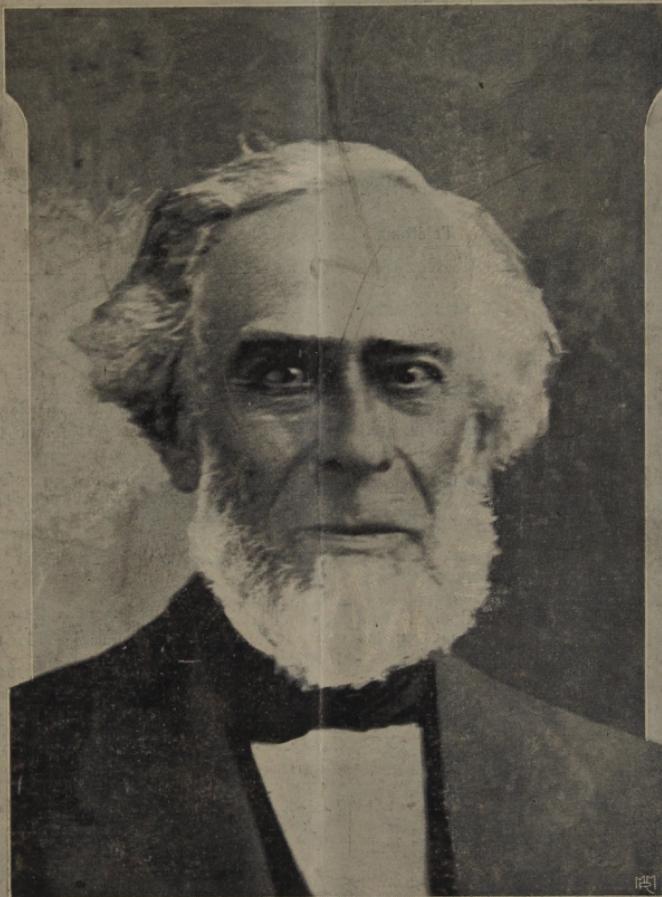
SEMANARIO POPULAR NACIONALISTA

AÑO II NÚM. 12

MONTEVIDEO, FEBRERO 2 DE 1915

0.07 EL EJEMPLAR

HOMBRES ILUSTRES DEL PARTIDO



ATANASIO CRUZ AGUIRRE

Presidente interino de la República durante el periodo 1864-1865



ABOGADOS

Hipólito Gallinal. Rincón, 660.
Gustavo Gallinal. Colonia, 951.

Germán Roosen. 25 de Mayo, 428.

Aureliano Rodríguez Larreta. Piedras, 421.

Adolfo Artagaveytia. Buenos Aires, 577.

José M. Reyes Delemurie. Buenos Aires, 551.

Leonel Aguirre. Uruguay, 746
Teléf. «La Uruguaya» 40. Central.

Rosalio Rodríguez. Juncal, 1455.

Martín G. Martínez. Mercedes, 773.

Eduardo Rodríguez Larreta. Piedras, 421.

Juan Pedro Ramírez. Washington Beltrán.

Han establecido su estudio en la calle Rincón 485, haciendo cargo del que perteneció al doctor José Pedro Ramírez.

Juan Antonio De Luis. Misiones, 1580.

Miguel A. Páez Formoso. Ituzaingó, 1487.

Carlos M. Percovich. Plaza Independencia, 719.

Luis Alberto de Herrera. Larrañaga, 150.

Francisco del Campo. 18 de Julio, 1726.
Estudio: Ituzaingó, 1295.

Fernando Gutiérrez. Boulevard Artigas, 1555.

Carlos H. Berro.

Rincón, 660.

José T. Piaggio.

Río Branco, 1482.

MÉDICOS

Héctor Antúnez.

Convención, 1268.

Arturo Lussich.

Medicina General y de niños.
Cerrito, 626.

Consultas de 2 a 4.30, menos jueves y días festivos.

U. A. Álvarez.

Especialista en enfermedades de los riñones, vejiga, próstata y uretra. Consultas de 2 a 4.

Paysandú, 886.

Felipe Puig.

Especialista en oídos, nariz y garganta. Consultas de 3 a 6.

San José, 852.

ESCRIBANOS

Rafael U. Salguero.

Río Branco, 1285.

Teléfono: «La Uruguaya».

Pantaleón Quesada.

Canelones, 1084.

Enrique Acosta.

Escriptorio: Ituzaingó, 1414.
Domicilio: Charrúa 45 (P. del M.)

Manuel R. Alonso.

Andes, 1560.

José E. Alonso.

Treinta y Tres, 1365.

Dionisio Coronel.

Plaza Independencia, 719.

CONSIGNATARIOS

Germán Ponce de León y Cía.

Consignatarios de frutos del país.
Compra-venta de ganados. Comisiones en general.

Río Negro, 1620.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGADERA ADELANTADA

CAPITAL

| | |
|---------------------------|--------|
| Mensual | 8 0.25 |
| Trimestre | 8 0.75 |
| Semestre | 8 1.50 |
| Anual | 8 3.00 |
| Número suelto | 8 0.07 |
| Número atrasado | 8 0.20 |



Los giros deben ser dirigidos a nombre del Administrador

REMATADORES

Leocino D. Gálvez y Cía.

Remates de mercaderías y muebles en general. Lunes y jueves.

Piedras, 248-250, esq. Solís, 1543.

Alberto Torre y Cía.

Remates semanales los jueves a la 1 y media, de campos, inmobiliarios, alhajas, etc.

Zabala, 1371.

Ramón Sienna.

Rincón, 449.

Francisco B. Bernasconi.

Rematador y tasador. Casa de remates.

Sarandí, 408 y 410. Montevideo.

J. Caramés y Cía.

Remates, comisiones y anticípos de dinero. Hipotecas. Compra y venta de propiedades.

25 de Mayo, 577.

Antonio S. Zorrilla.

Misiones, 1364.

DENTISTAS

Pedro A. Cardeillac.

Consultas de 2 a 5.
25 de Mayo 535, 2.º piso.

Santiago Etchepare.

Consultas de 9 a 5. Yí, 1487.

Antonio Sierra.

Yí 1594.

Regino Olivera.

Av. General Rondeau, 1455
Teléfono 1812, Cordón.

Laguardia Hermanos.

Especialistas en enfermedades de la boca y cirugía dental. Puente fijo sin paladar. Obturaciones de porcelana. Corrección de toda irregularidad dental.

Yí 1290, esq. San José.

Silva y Ferrer

Cirujano-Dentista de las Clínicas Odontológicas Escolares-Consultas diurnas y nocturnas todos los días.

Buenos Aires, 675 - Frente al Teatro Solís
Teléf. Uruguay, 1946-Central



INTERIOR

| | |
|---------------------|--------|
| Trimestre | 8 0.90 |
| Semestre | 8 1.80 |
| Anualidad | 8 3.00 |

EXTERIOR

| | |
|---------------------|--------|
| Trimestre | 8 2.00 |
| Anualidad | 8 5.50 |

Teléfono la Uruguaya 597 Central

La Revista Blanca

Semanario Popular Nacionalista

*
OFICINAS:
CERRITO, 735

*
TELÉFONO:
Uruguaya, 597

DIRECTOR Y REDACTOR EN JEFE:
ROGELIO V. MENDIONDO

AÑO II
Febrero 2 de 1915

N.º 12

ADMINISTRADOR:
JOSÉ ABELENDA

Redactores: Angel M. Méndez, Ramón Marín De María
y S. Cabrera Martínez.

La Dirección no se hace solidaria de las ideas sustentadas por sus colaboradores.

Desvirtuando falsoedades

La tradición blanca representa el apostolado de la verdad republicana

En estos momentos en que nuestros adversarios políticos ponen en duda los principios de nuestra gloriosa colectividad, manifestando que ella se compone pura y exclusivamente de elementos levantiscos y retrógrados, es bueno y al mismo tiempo necesario que tratemos de estudiar sus orígenes, para comprobar si es que somos nosotros o si es que son ellos los que padecen este error capital. Queriendo desprestigiar a nuestro poderoso Partido, emplean los vocablos más exóticos, los términos más incontrovertibles y los epítetos más bullangueros. Como ellos desconocen la tradición, quieren por todos los medios que nosotros los imitemos. Por eso nos critican si recordamos a los Treinta y Tres patriotas orientales, y por la misma circunstancia nos critican si lanzamos vítores a la memoria veneranda del General Oribe.

Nada de extraño es que nuestros adversarios procedan de tal manera. Ellos ocultan sus principios, sus tradiciones y sus próceres, porque se avergüenzan de los unos y de los otros. En cambio nosotros, si recordamos nuestras tradiciones, nuestros próceres y nuestros héroes; si tenemos palabras de elogio y gratitud para Lavalleja y si vitoreamos al General Oribe, es porque nos sentimos orgullosos de contar en nuestro Partido con figuras tan grandes y simbólicas. Desde los albores de nuestra independencia, puede decirse, existen en nuestro país dos partidos, antagónicos en los principios y en las tradiciones. El partido de la independencia, de la autonomía, de la nacionalidad, de la abnegación, del heroísmo, teniendo en su oportunidad como medio la guerra; el partido de la patria; en una pa-

bra: el Partido Blanco; y a su lado, como parásito que vive consumiendo la economía del organismo, el Partido Colorado, enemigo de la patria, indiferente a su suerte y a su porvenir, servil con todo poder fuerte, nacional o extranjero, y anárquico, rebelde y tumultuario con todo poder suave, por más legal, patriótico y progresista que éste sea.

Son el Partido glorioso del General Artigas, que es la encarnación viva de la patria, el Cid de nuestra primera epopeya nacional, el Partido que representaba la democracia guerrera, que era el que ocupaba la escena política en aquella época, y agitaba la bandera republicana, alrededor de la cual se reunían los héroes y los patriotas para derramar su sangre por la patria, y ese Partido, pura acción patriótica, era a la vez pensamiento y pensamiento elevado, que proclamaba por boca de su ilustre caudillo, las inmortales bases federales del año 1813, que fueron bandera de lucha en los territorios del antiguo Virreinato, triunfaron de sus enemigos y palpitán hoy, actualmente, en las páginas de la Constitución de nuestra hermana la República Argentina, acatadas por todos los partidos, los que las defendieron y los que las atacaron.

Y a su lado siempre se erguía el Partido de las debilidades, de las deslealtades y de las componendas, el Partido Colorado, que formaba cabildos que entregaban al enemigo extranjero, círculos y cabildos que daban secretarios como don Nicolás Herrera al General portugués invasor, y que en ausencia y a espaldas del caudillo popular, eran los que tramaban, celebraban y terminaban los ignominiosos tratados, que luego eran hechos trizas por los

sacrificios de Artigas, y más tarde por las espadas gloriosas de Lavalleja y Oribe.

Bien claro puede verse dónde estaba la bandera de la patria; si en el brazo pujante de Artigas, o en la pluma indigna de los cabildos que aceptaban la imposición extranjera; si en la gloriosa proscripción de Artigas, o en la conducta de Rivera, que a la par de los cabildos, aceptaba el sometimiento y servía como un verdadero portugués primero y brasileño después, la causa imperial; si en los preparativos de los Treinta y Tres, persiguiendo la libertad de su patria, o en la conducta de Rivera, don Nicolás Herrera, don Lucas Obes, don Manuel José García y demás corifeos de la anexión al Brasil; si en la actitud de los Treinta y Tres al lanzarse a su heroica aventura, o en la de Rivera y Calderón, sirviendo de buena fe al imperio; si en la austeridad de Artigas que, dándole todo a su patria, apenas recibía de ella 50 \$ para la subsistencia de su familia y la educación de su hijo, o en la inmoralidad de Rivera, que con el título de Barón de Talnerimbó, recibía del emperador rentas, grados y sueldos primero, y sumas de dinero después, en pago de sus traiciones; si estaba la bandera de la patria en manos de los austeros Treinta y Tres héroes republicanos, que no pedían a su patria más que el derecho de sacrificarse por ella, o en las manos de aquellos cortesanos como Nicolás Herrera, Lucas Obes y otros que ocupaban altos puestos bien ren-

tados, administraban desde ministerios y secretarías, vivían con esplendidez con los sueldos de sus empleos o con el oro con que portugueses o brasileros pagaban la defección a su patria.

Pues bien: la tradición de Artigas en su verdadera significación y la tradición de los Treinta y Tres, son tradiciones blancas; y la tradición de Rivera, de Nicolás Herrera, de Lucas y Obes y de Manuel José García, es tradición colorada. Las simpatías por la República Argentina y el odio al Brasil, son tradición blanca; y el odio a la República Argentina y el amor y el cariño por el Brasil, son tradición colorada. El sistema federal que por primera vez fué proclamado por Artigas y encarnado más tarde en el gobierno de Dorrego, es tradición blanca, y el sistema unitario rechazado por los pueblos, es tradición colorada. En fin: la tradición republicana, la proclamación franca de la independencia, la guerra abierta al extranjero usurpador, son tradición federal y blanca; y la tradición de Fernando VII, la de la diplomacia bastarda, la de la monarquía europea, la del sometimiento de los pueblos a la fuerza y la de la anexión al Brasil, son tradición unitaria y colorada.

Con esto queda evidenciado, de manera terminante, que la tradición blanca representa la pureza de los principios democráticos y el apostolado de la verdad republicana!

¡Altivos, como siempre!



Se ha dicho por el órgano que interpreta los sentimientos del Presidente de la República, que ya no existen nacionalistas, que la fibra partidaria está agonizante.

Como partidarios devotos de la sagrada causa que defendemos—porque ella representa el más alto valimiento cívico del país—no hemos podido menos que lanzar una alegre y sonora carcajada. Como antes, como ayer y como hoy, seremos mañana y siempre. Las convicciones sinceras que se arraigan, que son vigor en el sereno razonamiento de esa voz interior que nos hace hombres, no ha sabido jamás de flaquezas ni de renunciamientos.

Para provocar el suicidio moral en el Partido, para desvanecer nuestros justísimos anhelos, siempre el sable y la coacción se han vuelto contra los mayores derechos de la patria.

Pero es en vano que esa ilusa intención refleje siquiera la más mínima desesperanza en nuestras filas.

El temor del porvenir flaquea ya las fuerzas

del adversario tradicional. Las palabras de profético efecto, no tienen ya resonancia en el inmenso vacío, en donde esa débil voz del poder resuena aparatósamente.

Como al conjuro de un nírvano patriótico, la nueva generación, en su mayoría nacionalista, surge a la vida política, trayendo en la caridad de su sentir y en el ensueño de su pensamiento, la conciencia cívica de la patria de mañana.

El fracaso del poder, derrotado en todas las batallas morales, sufre nostalgias infinitas de duda y vacilación. Por acción refleja, ve en el fondo victorioso de la nueva vida que avanza, la justicia que hace sombra en lo profundo y claro de su soledad, que lo arrepiente y lo condena.

Sigan pregonando imposturas y falsedades nuestros adversarios, que nosotros, los nacionalistas de verdad, sabremos ser siempre altivos en nuestra misión reparadora.

Una familia de estirpe guerrera

Los Saravia

Allá en Colón, alejados del bullicio inquietante y molesto de la urbe, en la apacibilidad de la fronda que matiza de un suave tinte agreste, la vida tranquila y silenciosa de la villa suburbana, conversamos días atrás con la respetable matrona, que fué compañera dignísima de Aparicio Saravia.

despedida, triste como un adiós infinito, esta mujer de temple lacedemonio, hubo de contener sus lágrimas de madre, que ve cómo la imposición de una fuerza fatal, complica sus más caros afectos en la tragedia que no puede evitar, para animar a aquellos vástagos suyos, que armados caballeros de la patria, habían



Doña Cándida Díaz de Saravia,
acompañada de Exaltación y
su familia

De paso por el país, al cual ha venido desde Bagé, su actual residencia, en busca de alivio a incómoda y penosa enfermedad, doña Cándida Díaz de Saravia se hospeda en el domicilio de su hijo Exaltación, donde nos recibió con la gentileza que es proverbial en ella.

Un profundo sentimiento de admiración nos domina en presencia de aquella dama, trozo de historia viviente de uno de los períodos más asombrosos de nuestras convulsiones políticas, a las que asistió viviéndolas intensamente, sufriendolas con antelación, conociéndolas antes de producirse, en la confidencia íntima del hogar, cuando llegada la víspera de la cruzada, había de olvidarse por un instante de que era la madre de sus hijos, para recordar que era la esposa del héroe.

Cuando las notas trágicas del clarín marcaron la hora del peligro y de la muerte, enseñando el camino del deber a los buenos hijos de esta tierra, en el momento supremo de la

de seguir la huella luminosa del caudillo en la trayectoria gloriosa de sus andanzas heróicas, a la sombra de la bandera que flamó acariciada por vientos de victoria en el Cordobés, allá en la primavera del 96, para plegarse dolorosamente, orlada de anchos crespones, en el víspero trágico de Masoller.

Y evocando el himno de alabanzas que la sinfonía universal ha tejido en homenaje a la admirable decisión de la mujer francesa en esta hora de dolor para su patria, por una lógica asociación de ideas, pienso en la ejemplar resignación y en el valor de esta gran mujer, que vivió dos lustros, en toda su espantable realidad, el drama rojo de nuestra democracia tambaleante, siendo parte doliente en todas las estancias luctuosas de la epopeya.

Vestida de luto—como de luto está su alma desde hace mucho tiempo—con esa sencillez patriarcal que era norma invariable de sociabilidad en el hogar del héroe, y que recuerda

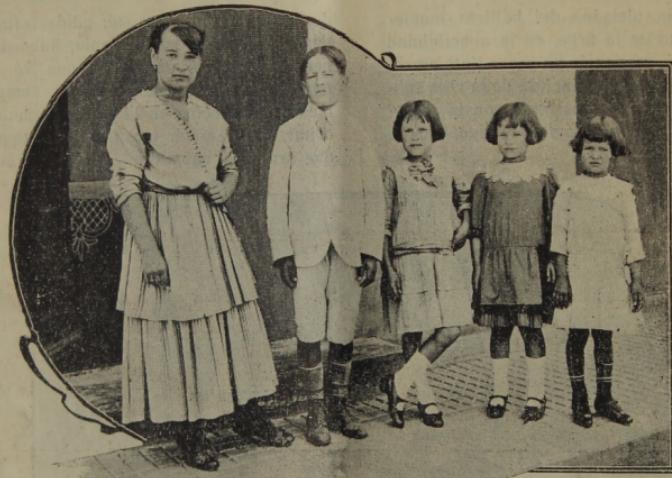
las viejas y aromadas tradiciones de la raza, iluminado el rostro por una suave sonrisa, que da un tinte de austera resignación a su conjunto, sin ceremonias afectadas ni rodeos banales, doña Cándida nos recibe cariñosamente.

Un nietecillo rubio como un haz de sol, par-

ce — uno de mis veinte nietos. Y como si su espíritu de madre santa, que ve prolongarse la estirpe prolificamente, se sintiera satisfecho de aquella enumeración de conjunto, agrega:

— Cuando cumplí diez y seis años, ya criaba a Aparicio.

Es tradición en los Saravia casarse jóvenes,



Nietos de Chiquito Saravia

lero e inquieto, busca su regazo, como implorando mimos que se le ofrendan a manos llenas...

— Es el hijo menor de Exaltación — nos di-

quizá demasiado jóvenes. Además, son partidarios de la prole numerosa. Aparicio tiene siete hijos. Nepomuceno otros tantos. Los otros van en camino de imitarlos. Hasta el presente, el



Aparicio, hijo mayor del caudillo caído en Masoller, en compañía de su familia

único hijo del caudillo, que permanece soltero, es Mauro.

— Es mi compañero — nos dice doña Cándida. — Allá en Bagé, donde residimos desde el comienzo de la actual presidencia de Batlle, espero con impaciencia noticias de mi querida salud. Hace poco hicimos un viaje al Paraguay. Ahora no ha venido, porque aquí estoy bien cuidada entre mis hijos, hijas políticas y nietos.

Sin grande esfuerzo de penetración, notamos que la ilustre matrona ve con el natural egoísmo de todas las madres, prolongarse la soltería del único Saravia que aún no ha pasado por el Registro Civil.

Nuestra intención es la de hacer una nota completa. Nos hemos propuesto visitar a todos los Saravia que viven en Colón, y a este fin, una vez que hubimos cumplido nuestra misión en la primera casa, nos dirigimos a lo de Aparicio, que vive a cuatro o cinco cuadras de lo de su hermano, en un chalet que se pierde en las frondosidades de un bosque, a orillas de la carretera que va a la florida villa.

Aparicio es el mayor de los hijos del gran jefe. Contrajo matrimonio con una hija de Antonio Floricio Saravia, y de ella tiene siete hijos, como se podrá ver en la fotografía que publicamos.

La característica amable de la familia, se



Mauro Saravia



Villanueva Saravia



Santos Saravia

— Ahora iré a Bagé, apenas el doctor Morelli me diga que puedo emprender el viaje. Quizá muy pronto esté de regreso definitivamente, para radicarme en la ciudad. Los niños son crecidos. Hay que educarlos, y en las poblaciones fronterizas, esto es casi imposible.

Doña Cándida habla de sus nietos, poniendo una nota de ternura en la expresión. Dijérase que quiere resarcirse en ellos de lo que ha sufrido por sus hijos, viéndoles una y otra vez afrontar los traidores peligros de la muerte, con la típica despreocupación de los que saben que la vida vale por lo que ella significa como símbolo de sacrificios y abnegaciones.

* * *

Ha llegado el dueño de casa — Exaltación Saravia — y pocos momentos después, en tanto se desliza una conversación camaraderil, que de vez en cuando cobra contornos de evocación, el fotógrafo cumple con su deber, impresionando para LA REVISTA BLANCA, una placa, donde se dibuja el interesante grupo familiar que damos en este número.

exterioriza en Aparicio, que rodeado de su prole, es un recuerdo que nos habla elocuentemente de la cruzada del 97. En efecto: el hijo mayor de Saravia, rindió en aquella oportunidad su tributo de sangre a las libertades patrias.

— Fué en las sierras de Sosa, pasando Nico Pérez, donde recibí la herida que sólo pude cicatrizar con pérdida de una pierna. Ya ve amigo — nos dice — de cómo a mi edad se puede ser veterano del Partido — y agrega a continuación: — Ahora me dedico al cuidado y educación de mis hijos, tarea por cierto no tan sencilla como parece.

Y así, rodeado de los suyos, tal como él quiere vivir, lo hemos objetivado para nuestra Revista.

* * *

Allí, a pocos pasos de lo de Aparicio, vive Desiderio Saravia, hijo de Chiquito.

Llegamos a su casa y no lo encontramos, por lo cual hubimos de conformarnos con agrupar a sus cinco hijos y fotografiarlos para completar esta nota.

Las declaraciones del señor Carmelo L. Cabrera

Nuestro llamado a los correligionarios

Confesamos sinceramente que la lectura de la carta enviada a nuestra revista, por el heroico jefe y eminente correligionario, don Carmelo L. Cabrera, ha dejado en nuestro espíritu sedimentos de amor puro y a la vez una profunda tristeza.

El ilustre jefe de la que hubo de ser formidable y definitiva cruzada de 1910, nos entera de una resolución, que, los que somos capaces de apreciar todo lo que vale una vida consagrada al servicio de los ideales impersonales del Partido y a los sacrificios más duros por imponer su triunfo, no podemos aceptar, no debemos aceptar sin experimentar hondos desgarramientos, que nos llevarían fatal y necesariamente al completo excepticismo, o lo que es peor, a la total abdicación, desde que nos faltará el estímulo emanado del ejemplo, que es, a nuestro juicio, alimento insustituible de la fe.

«Mi separación de filas», dice en su carta el ilustre jefe, y esta frase que, quisieramos creer, no traduce una determinación irrevocable, nos llena de dolor, porque si hay dentro del Partido a que pertenecemos, un hombre con más títulos a la consideración colectiva, con prestigios más legítimamente ganados, y que tenga a la vez derecho a los más altos homenajes, ese hombre es don Carmelo L. Cabrera. Esta afirmación nuestra, no es otra cosa que el eco de la inmensa voz partidaria, que le proclama como a la personificación genuina de las grandes virtudes cívicas, de la austeridad, del carácter, de la honradez más acrisolada, virtudes tanto más admirables como que por desgracia no abundan en esta época de transacciones vergonzosas, realizadas sobre la base de las conveniencias materiales !

Respetamos la determinación del querido jefe, pero nos cuesta resignarnos a su evidencia, no por nosotros precisamente, que poco significamos, sino por el Partido, por ese noble Partido que ha venido desangrándose en una cruel y prolongada hemorragia durante medio siglo, y que hoy, más que nunca, necesita hombres, hombres de la talla de éste, que también, como el héroe de la derrota azteca, tuvo su «Noche Triste» en Concepción del Uruguay. Pero, permítasenos reproducir algunas líneas de la brillante carta, en la cual don Carmelo, —que para nosotros, tiene mucho de la personalidad gloriosa de Leandro Alem— justifica su actitud.

«Verlame impelido, —dice— a señalar a la juventud nacionalista los escollos en que ha

naufragado la generación que le ha precedido; a rememorar, por ejemplo, aquella contestación de un general de esa época—el 65—con mando de ejército, al frente del invasor del patrio suelo, a una orden del Presidente más genuinamente oriental que ha tenido la República, contestación que suena a golpes de martillo, sobre la tapa de un féretro: «Dígale a Beerro... que él mandará en Montevideo, pero que aquí mando yo.» Y de esta frase, que condensa uno de los ciclos más vergonzosos de nuestra historia, porque su espíritu insensato, megalómano y anárquico, ha hecho 50 años cabales de camino, podría arrancar para escribir muchas páginas capaces de contribuir a fijar el criterio de esa juventud, si aún tiene suficiente valor para oír la verdad y reaccionar, valiente, contra ese medio siglo de errores contumaces, de increíble cobardía moral, inexplicable en hombres siempre dispuestos a dar su vida en lucha desigual en defensa de sus convicciones y de pactos, cuya única punición ha sido los bien aprovechados tiempos que le han deparado al feliz adversario.»

He aquí uno de los párrafos de la carta del ilustre jefe, párrafos que sintetizan un elocuente estudio retrospectivo y que somete a la meditación de la juventud. Consideraremos que nadie como él tiene tanto derecho para hacerlo; tiene los derechos que otorgan el sacrificio, el desinterés y la abnegación en largos años de lucha vinculada a la defensa de los ideales que nos legara el gran Oribe.

LA REVISTA BLANCA, que sabe aquilatar los merecimientos de los hombres, hace un llamado a los correligionarios y principalmente a la juventud, para tributar un homenaje al ilustrado jefe, homenaje que sea la exteriorización inequívoca del prestigio y del afecto con que la colectividad reconoce y aclama las grandes virtudes del eminente ciudadano.

Quedan invitados a enviar su adhesión a ese acto de justicia, todos los correligionarios del país, debiendo dirigirlas a nuestra redacción, Cerrito 735.

Sólo los que son capaces de hacer justicia, son dignos de reclamarla.

Eloisa Portas Calveira

Cirujano-Dentista

Consultas de 9 a 17. Excepto los jueves

Río Negro, 1546.

Montevideo.

DIAS MISTÓRICOS

por RAMÓN MARÍN DE MARÍA

La derrota de Fidelis, en Cuñapirú

1871.—Febrero 2.—Aquella gloriosa campaña de 1870-72, encabezada por el bravo General nacionalista don Timoteo Aparicio, está salpicada toda ella, en sus dos largos años de cruenta prueba, de parte de los revolucionarios blancos, de hechos inolvidables que dejaron bien puesto el nombre de quienes los ejecutaron y dieron lustre y relieve a la causa de la libertad, por quien batallaban los denodados soldados del General Aparicio.

De entre el millar de brillantes episodios de guerra, sacamos hoy el que corresponde al 28 de Enero de 1871, magnífica página de heroísmo de los jefes de la divisa blanca, Puentes, Salvañach, Aramburú, Barrera, Safons y Burgos, cuyos ardoros patrióticos pusieron más de una vez a prueba el temple acerado de aquellas almas ciudadanas de intachable firmeza.

... Los jefes superiores Puentes y Salvañach habían sido comisionados por el General en jefe de las fuerzas revolucionarias, don Timoteo Aparicio, para que trataran de organizar las divisiones de los departamentos de Salto y de Tacuarembó, quedando la primera de éstas a órdenes del jefe Juan Pedro Salvañach y la última mandada por el arrojado jefe Puentes, las que se reunieron al Norte del Río Negro, abriendo desde allí, en combinación, operaciones bélicas contra el enemigo, que dueño de aquellos campos y a órdenes del célebre Fidelis, se hacía sentir en todas formas.

No era muy numerosa la gente de Puentes y Salvañach, pues no pasaron de 300 hombres de caballería, debido a que recién empezaba la formación de esas dos divisiones.

En cambio, el jefe adversario Fidelis, que recorría los departamentos del Norte, llevaba bajo sus órdenes más de 380 soldados ya bien disciplinados y pronto para entrar en combate.

Este Fidelis, que también mandaba fuerzas de caballería, sabedor de que Puentes y Salvañach tenían pronto su plantel de soldados, trata de darles alcance, temeroso de que aquellas divisiones tomaran mayor incremento y le dieran doble trabajo luego para batirlas en conjunto.

No menos deseoso de encontrar a Fidelis tenían los bravos jefes Puentes y Salvañach, y mientras el jefe colorado Fidelis marchaba en busca de los nacionalistas, hacia abajo del

arroyo Tacuarembó, éstos marchaban hacia arriba del mismo arroyo.

Pero iban cerca unos de otros. Así fué que el 28 de Enero, a la madrugada, se encontraron frente a frente, aunque separados por el arroyo Cuñapirú.

Divisándose una y otra fuerza, se pusieron en movimiento que indicaba preparación al combate, reconociendo terrenos e invitándose ambos bandos a vadear el arroyo, pero sin resultado.

El dia había avanzado; eran ya las diez de la mañana cuando el jefe colorado Fidelis formó toda su gente en escalones sobre la baranca del arroyo Cuñapirú, con frente a uno de los dos pasos que en ese paraje existían.

Los dos jefes nacionalistas no pudieron resistir más aquella tentación de ataque, y convienen entre ambos que el experto jefe Puentes mandaría la línea de combate. Para ello, ordena que el intrépido Juan Pedro Salvañach vadeara a toda costa el paso que estaba frente a las fuerzas de Fidelis, lo que efectúa Salvañach con su aguerrida división.

Por otro extremo del paso avanzaría el jefe Puentes con el resto de la gente de Tacuarembó y además el escuadrón mandado por el decidido Alejandro Aramburú.

No se efectuaron estos pasajes, sin antes los jefes superiores proclamar entusiastamente a sus soldados, hablándoles de la patria, del lugar abandonado, del oprobioso gobierno de divisa y de la inicua tiranía del mandón Lorenzo Batlle, encerrado entre murallas de piedra en la capital de la república.

El paso del arroyo estaba a "volapié", circunstancia ésta que impidió a la gente del jefe Juan Pedro Salvañach de llevarle al jefe colorado Fidelis una carga rápida y de inmediatos resultados.

El adversario mostró también igual decisión que los blancos, esperando la fuerza de Fidelis, sin moverse de sus posiciones, al enemigo que avanzaba lentamente en dirección al punto en que estaba la columna en actitud de espera.

Tan pronto la gente de Fidelis los tuvo a tiro a los de Salvañach, les envió una descarga cerrada, una de cuyas víctimas de las balas batlistas fué el arrojado jefe Juan Pedro Salvañach, que en su no desmentida intrepidez se adelantó con bravío coraje hacia la línea ene-

miga, recibiendo una dolorosa herida de arma de fuego, entrándose el proyectil «por el brazo derecho, rompiéndoselo en dos partes y atravesándole la caja del cuerpo», según lo relató el soldado meritorio y activo, de aquellos días de fuego, señor Abdón Aróstegui.

Este lamentable incidente, no detuvo el avance de los blancos, pues los jefes inmediatos Barrera, Safons y Burgos, dándose cuenta de aquél minuto de indecisión, vadean el arroyo con todos sus soldados y reanudan la carga al enemigo, tomándolo primeramente por un flanco para luego atacarlo decididamente por el lado derecho.

El entusiasta jefe Salvañach, al sentirse herido, reconcentra sus fuerzas personales para avanzar aún más hacia la muerte, pero sus ayudantes, viéndolo en tan inminente peligro, lo retiran del campo de acción, y aun a despecho de aquél abnegado militar, lo obligan a repasar el arroyo, dejándolo en un punto seguro, mientras ellos vuelven al desempeño de sus cometidos en el campo en donde se empeña el combate.

En tanto, los jefes Puentes y Aramburú, que iban en protección de las fuerzas amigas, pasan del lado opuesto del arroyo Cuñapirú y simultáneamente, como avalancha, se lanzan, por el lado izquierdo, al ataque de la gente del jefe colorado Fidelis, pero lo hizo con tan mala suerte el jefe Alejandro Aramburú, que al subir la barranca del arroyo, en compañía del oficial Carmen y en la primera fila de soldados, chocando valientemente con los adversarios, que una bala, silbando la voz de la muerte, le atravesó el cráneo, volteándolo del caballo que montaba y muriendo casi instantáneamente.

La situación era altamente comprometida, y así la vió el heroico jefe Puentes, quien resuel-

ve atacar sin demora al enemigo con la gente de reserva que él conserva, y disponiendo una carga a muerte,—según lo proclama a sus soldados,—se lanza como un turbión a la refriega, en momentos que la gente que comandaban los jefes Salvañach y Aramburú, chocaban denodados con la de Fidelis,—y todos unidos, a una sola voz, se entreveran con el enemigo, blandiendo sus sables, esgrimiendo sus armas blancas, y en una confusión horrible de gritos e imprecaciones, relinchos de caballos, humo de pólvora y el olor penetrante de la mucha sangre que se derrama, consiguen hacer pronunciar en derrota a los de Fidelis, que en columnas huyen de aquélentrevero infernal, y toman rumbo a las caídas del arroyo Tres Cruces, hasta donde los persiguen encarnizadamente los bravos soldados del jefe Puentes, quien en ese punto hace cesar la persecución, pues el enemigo, completamente vencido, se desgrana bajo los certeros tiros de sus perseguidores, quienes «no quisieron» concluir con ellos, debido a un rasgo de nobleza del meritorio jefe Puentes.

En esta acción, los revolucionarios blancos perdieron al jefe Alejandro Aramburú y a unos quince soldados, resultando heridos los jefes Juan Pedro Salvañach y Pedro Barrera y varios individuos de tropa.

Las pérdidas del enemigo fueron más notables, pues además de cincuenta muertos, contándose entre éstos un oficial Vica, tuvieron numerosísimos heridos, que abandonaron completamente a su suerte en el campo, recibiendo también heridas leves el propio Fidelis.

El sufrido jefe Salvañach pasó a Santa Ana a curarse sus heridas, y el heroico Puentes fué nombrado por las autoridades superiores de la revolución, jefe militar del departamento de Tucumán.

Por qué soy nacionalista

(Conclusión)

Terminó su primer período presidencial, no sin haber hecho suscribir un compromiso 18 meses antes a los legisladores de su partido, obligándose a votar el primero de Marzo de 1907 al doctor Claudio Williman para ocupar la poltrona presidencial, con el objeto de que éste apoyara al firme la reelección del señor Batlle y Ordóñez, quien se iba de «vilegiatura» a Europa. Y el doctor Williman tuvo, como consecuencia de su ductilidad acomodaticia para con el señor Batlle y Ordóñez, tres protestas armadas del Partido Nacional.

Una encabezada por Carmelo Cabrera, sin mayores consecuencias; otra por los Saravia,

que tomaron a viva fuerza a ex-Nico Pérez, de nueva nomenclatura José Batlle y Ordóñez, y en las postrimerías de su gobierno otro más serio encabezado por Basilio Muñoz (hijo) que, no sin efusión de sangre dolorosamente vertida, también después de pactado el desarme, se había llevado a efecto como justa protesta a la imposición del señor Batlle y Ordóñez a la segunda presidencia.

Lo demás es tan reciente y amargo para el país, que nadie lo ignora ni lo olvidará en largos años.

Enclaustramiento artillado en Piedras Blancas; creación de cuerpos y más cuerpos de lí-

nea, hasta exceder en más del doble las épocas de apogeo odiado del militarismo; la diatriba y la amenaza latente en el diario presidencial; la creación de impuestos aplicados sin piedad; promesas vanas al socialismo temido, después de la mina del camino Goes; *hossanas* a los superavitarios rentísticos; proyecto manía de grandes obras de ornato público y progreso; Rambla Sud, Palacio de Gobierno, Ferrocarril Pan Americano, Puerto de la Coronilla y otros mil *negotiums* y chanchullos sucios, como el «Strachino» de la Aduana, etc., etc.

Y como consecuencia, el crédito nacional y la moralidad administrativa tan decantada, por el suelo, como la honestidad virginal del sapiente administrador, que llevó el presupuesto de la nación a más del doble que su burócrata antecesor señor Cuestas.

Concretando:

Soy nacionalista porque el Partido Nacional fué siempre irreprochable administrador de los dineros del pueblo; respetuoso de la Constitución (que Batlle quiere profanar) cumplidor respetuoso de la ley, que otros han conculado; porque no ha derrochado los dineros del pueblo para enriquecer a sus paniaguados, controlando empréstitos, desde Flores hasta la fecha, que con intereses y coimas, tal vez sumen

más de doscientos millones de pesos oro; porque no ha sido un partido anárquico que se ha hecho a sí mismo más revoluciones que las con justicia ejecutadas por el Partido Nacional. Porque ha excluido de sus medios de acción el asesinato político de los gobernantes, aun de aquellos que el propio himno nacional sanciona, como lo han hecho miembros del partido adversario contra sus propios correligionarios políticos.

Y, por último, que si el Partido Blanco y más tarde Nacional ha apoyado a gobiernos constituidos, como lo hizo Oribe con Flores el 55 a Pereira el 58, Aparicio con Latorre el 78, Guillermo García con el mismo Santos contra Máximo Pérez, y Aparicio Saravia apoyando con su prestigio al gobierno de Cuestas, ello viene a constatar que no hizo otra cosa que cumplir el testamento político que le legara su fundador, el Brigadier General don Manuel Oribe, segundo jefe de los Treinta y Tres, glorioso vencedor en Ituzaingó, que al morir el 55 en su quinta del Miguelete, dijo a sus correligionarios políticos.

«Rodead y sostened siempre a los gobiernos constituidos.»

J. M. A.

PÁGINAS OLVIDADAS

TUPAMBAE

RELACION DE LA BATALLA

Después de la sangrienta batalla de Tupambaé, en la que el ejército nacionalista ganó una de sus más brillantes victorias, José María Aguirre, el noble y querido compañero de todas las horas, el ayudante predilecto del bizarro veterano Guillermo García, escribió a su familia en Montevideo una interesantísima carta, relatándole la pelea memorable, desde su comienzo hasta su completa terminación. De esa carta extractamos los párrafos que siguen:

Campamento, Cerro de las Cuentas, Julio de 1904. - Ya hacía dos días que teníamos noticias de que íbamos a encontrarnos con Galarza. Nuestras tropas, llenas de entusiasmo, se preparaban para ello.

El 22, estando acampados sobre las costas del Quebracho, y habiendo ido al Estado Mayor a recibir órdenes, se nos comunicó que nuestra división marcharía siguiendo los rastros de nuestra vanguardia, que estaba formada por las divisiones de Pancho y de Nepomuceno Saravia, de Basilio Muñoz y Yarza, junto con los lanceros al mando de Rivas y Juan Muñoz.

Iban a las órdenes inmediatas de Aparicio Saravia.

A media legua, después de haber pasado el arroyo Sarandí y estando nuestra columna dando descanso a los caballos, recibió orden nuestro jefe de acercarse al jefe de Estado Mayor.

Partió en seguida, con algunos de nosotros a su encuentro, recibiendo las instrucciones siguientes:

Nuestra división entraría a cubrir el centro de la línea de fuego, teniendo a nuestra derecha a las fuerzas de Gutiérrez y a la izquierda a las de Bernardo G. Berro.

Con nosotros estaban, también, los infantes de Visillar.

En nuestra ala izquierda entraría a operar toda nuestra vanguardia, y en nuestra ala derecha las fuerzas de Maldonado, Florida, San José, Flores, Durazno y Tacuarembó.

Estando así dispuestas nuestras fuerzas, avanzamos resueltamente sobre el enemigo que, a pesar de la sorpresa que le ocasionó nuestro ataque, poco tardó en prepararse para recibirnos.

¡Nunca creyeron que nos atreviéramos!

Como a las 5 p. m. empezamos a oír los primeros disparos de nuestras guerrillas avanzadas, y poco más tarde, nuestra vanguardia entraba resueltamente en pelea.

Inmediatamente empezó nuestro comando a

desplegar en orden abierto, con sus reservas, hábilmente dirigidas por nuestro segundo jefe, el pundonoroso Carmelo Cabrera.

Nuestro jefe, con las reservas en orden de columnas paralelas, para evitar estragos de la artillería enemiga, nos situó en observación de nuestras guerrillas, que con un impetu y coraje admirables avanzaban resueltamente hacia las posiciones enemigas, que muy pronto las tuvieron que abandonar, replegándose a su centro y metiéndose en las Sierras en posiciones inviolables.

Nosotros avanzamos, siempre bajo el fuego recio que nos hacían de sus posiciones. En este momento vimos ya pasar algunos heridos nuestros.

Entre ellos el pobre ayudante compañero nuestro, doctor Delgado.

Ni lo quise mirar.

Seguimos avanzando, siendo en este momento el fuego general en toda la línea.

Nuestro escuadrón con Gartín Yuda a la cabeza, lleva un ataque y cargas terribles a las guerrillas enemigas, entreverándose con ellas, haciendo una mortandad increíble y tomándoles varios caballos ensillados con ricos aperos de plata, de oficiales, armas, municiones, ponchos, ecéteras.

Los tres oficiales nuestros que cargaron a la cabeza, salieron heridos, pero felizmente de carácter leve.

El enemigo, en nuestra ala izquierda iba arrollándose, con las cargas resueltas que le llevaba Aparicio, con la división Muñoz, Yarza y los lanceros, en las que el entrevadero fué imponente, deshaciendo por completo al 4º de infantería, matando hasta su jefe el coronel Caballero y tomando prisionero a su ayudante Bonavías.

Las divisiones de Fernández, Gutiérrez y Berro, hacían otro tanto. Habíamos hecho repeler al enemigo lo menos cuarenta cuadras. Con la noche cesó el fuego, retirándonos algunas cuadras para acampar y churrasquear, pues estábamos muertos de hambre. Encontramos muertos a nuestros infelices compañeros, ayudantes Peña y a Lamarque. Al bravo Dionisio Viera, de Mercedes, le pegaron cuatro balazos, pero felizmente sin gravedad.

Acampados con los caballos al lado nuestro, nos recostamos para descansar un poco.

Por unos prisioneros que tomamos, supimos datos del enemigo, que eran 5 o 6 mil hombres, la flor del ejército del gobierno.

A las cuatro de la mañana ensillamos, esperando el amanecer, que a causa de la gran neblina, tardó muchísimo.

Aproveché para ir a la casa donde se encontraban el pobre Delgado, Viera y los de nuestra división. Allí me encontré con el cuadro más triste que se puede imaginar: eran mucho más de cien los heridos, y estaban los cuartos llenos, teniendo que andar con cuidado para no pisarlos.

Me encontré en un cuarto con el doctor Julián Quintana, herido en un brazo de dos balazos, pero leves; al ayudante de Márquez, con el cuerpo atravesado, y muchos otros oficiales nuestros.

Al fin me encontré con Delgado, que al darme un beso, casi me caían las lágrimas; pero tuve fuerza de voluntad para hacerme el fuerte y alejarlo. La bala le había atravesado el pulmón. Tuve más tarde la opinión de Lamas y Lussich, que no era grave. Al lado de la

casa se enterraron a los dos ayudantes nuestros. Vuelvo al campamento.

A las 8 salimos en columna hacia el enemigo. Recibimos orden del Estado Mayor de atacar otra vez en el centro, siendo nuestra protección la división de Mariano Saravia. En ese momento empezó el fuego recio en nuestra ala izquierda. Se desplegaron rápidamente nuestras fuerzas en guerrillas con sus reservas y sostenes, y avanzaron resueltamente bajo el fuego mortífero de ametralladoras y fusilería.

Nuestros bravos soldados echaron pie a tierra, y al grito: ¡A la carga! y vivas, empezaron a avanzar resueltamente, poniéndose a 300 metros de las líneas enemigas, bajo un diluvio de balas.

Nuestra ala derecha avanzó lo mismo que nosotros, y la gente de Juan José Muñoz, tomó un cerco de piedra, desde donde ocasionó al enemigo infinitas pérdidas, pues era una posición estratégica. Siguieron avanzando nuestras guerrillas del centro y entraron en fuego todas nuestras reservas.

Los valerosos soldados de Moreira, Ramírez, Valiente y Márquez, tomaron entre gritos de entusiasmo, un cerro al enemigo, habiendo peleado cuerpo a cuerpo; pero más tarde agotaron las municiones y empezamos a oír el terrible grito: ¡Municiones, municiones!

Ya Cabrera y los que estábamos en conocimiento, esperábamos ese pedido, que no se podría atender, pues ellas nos faltaban.

Con todo, fui por orden de mi jefe al Estado Mayor a pedir protección o municiones; protección ya no la teníamos, pues las fuerzas de Francisco Saravia, que eran las nuestras, tuvieron que llenar un claro de la línea de fuego nuestra, que había abandonado una de las divisiones, por falta de munición. Así es que lo que pude conseguir del Estado Mayor fué que el Parque nos entregara dos mil tiros, que inmediatamente se fueron a buscar, siendo llevados a las guerrillas que peleaban.

Carmelo Cabrera dirigía las guerrillas!

Nosotros observábamos las alternativas de la batalla, donde las balas picaban, silbaban y chicoteaban el pasto de una manera poco tranquilizadora. En ese momento una bala mortal volteó a Lagos, soldado de la escolta, otra atravesó la oreja del caballo de combate de mi jefe, y en seguida otra atravesó su poncho. Una me pegó un fuerte chicotazo en el hombro, felizmente sin herirme. Casi al mismo tiempo mataron el caballo de Ruiz Díaz y cayó Kappemblik, 2º jefe de la escolta, atraulado por un balazo en el abdomen.

Las fuerzas de López Jáuregui, González y Sánchez, que se encontraban desarmadas, eran las encargadas de recoger los heridos y retirarlos del campo de batalla. Era increíble el número de tantos desgraciados, que continuamente salían acompañados de los encargados de ello.

Casi todos dando vivas a la patria y al caudillo de la risa franca. El enemigo quiso amagar un avance por el centro, pero fué detenido heroicamente y con bravura por nuestras guerrillas, que lo contuvieron, teniéndolo a raya. En este instante, desde el cerro, a nuestra espalda, rompieron el fuego nuestras ametralladoras, que ocasionalon la confusión y sorpresa del enemigo, que se retira y vuelve a sus posiciones en las sierras inexpugnables.

Más tarde pasa González con su bandera

CRÓNICA NACIONALISTA



Grupo de nacionalistas, a orillas del Río Olimar, en pose para «La Revista Blanca»

desplegada, retirándose por falta de munición. Se saludaron nuestras banderas con las de él.

Los clarines tocan dianas, conmoviéndonos a todos. Más tarde me decía un soldado de la escolta que jamás música alguna lo había conmovido tanto; le parecía que venía del cielo. El grupo que formaban las banderas, le dió buen blanco a la artillería enemiga, pues en pocos minutos cayeron metrallas a pocas varas de nosotros, pero felizmente sin estallar.

Se enterraban en el terreno blando. Pudimos conseguir un poco más de municiones, y habiendo municionado a una guerrilla de Agüero y de Alvarez, volvimos otra vez a atacar al enemigo y proteger nuestras guerrillas, que estaban con 2 o 3 tiros por soldado.

Por unos instantes cesó el fuego, para empezar al rato con más brío. Era el último esfuerzo que hacía el enemigo, pero sin atreverse a avanzar un paso. Nuestras guerrillas siempre lo contenían. Era ya la 1 y 1/2 de la tarde. Nuestra ala derecha estaba casi abandonada, pues las divisiones habían agotado ya las municiones y se retiraban tranquilamente en perfecto orden.

Recibimos la noticia de que a Urán lo llevaban muerto. Lo mismo había pasado con Ayala, dos bravos jefes de nuestra división. Sus soldados permanecían peleando, con los bravos oficiales a su frente.

El fuego enemigo empezó a mermar visiblemente; el de las guerrillas casi ni se sentía. Solamente cuando algunas de nuestras guerrillas trataban de avanzar resueltamente, se oían algunos disparos. A las 2 y 1/2 p. m. ya no se escuchaba sino el fuego de los cañones enemigos. Nuestro único cañón, dirigido admirablemente por Visillac—que recibió más tarde

las felicitaciones de Aparicio—colocado en posiciones estratégicas, contenía las guerrillas con sus tiros, causándoles gran confusión. Movido más tarde a otro punto, causó con sus tiros la confusión a una columna, que tuvo que replegarse inmediatamente. A esta hora se puede decir que las guerrillas de nuestra división eran las únicas que hacían fuego. Así que el enemigo remontaba las suyas sobre ellas.

Veinte minutos más tarde no se oían sino tiros aislados. En este momento nos retiramos unas cuadras, perfectamente en orden, esperando que el enemigo saliera de las posiciones que tenía para atraerlo a las nuestras, pero se contentaron con estar mirándonos.

Teníamos que descansar un poco y atender debidamente a nuestros heridos. Empezaron nuestras divisiones a ocupar los campos para acampar, y a nosotros nos tocó sobre el enemigo. Tranquilamente armamos nuestras carpas, carneamos y nos acostamos.

Allí supe la herida de Luis Ponce, que era muy grave. Me fui al almacén de Marín, donde me dijeron que estaba en lo de Saralegui, con los hijos del caudillo heridos.

Me encontré con Vicente Ponce, que me dijo que la herida de Luis no era grave. El bravo Cabrera, con nuestra gente municionada, se quedó a retaguardia sobre el enemigo. Sobre él estaban también las fuerzas de Ne-

A la Bola de Oro
Zapatería
Calle Rincón, 702 - esq. Juncal
La casa que vende mejor calzado

pomuceno y Pancho Saravia, Yarza, Basilio y los lanceros del ejército. El enemigo trató de hacer una salida, que era lo que buscábamos para acabarlo de derrotar, pero ellos no se atrevieron a avanzar, a pesar que Aparicio los «toreaba» con su capa, cometiendo una imprudencia, por lo que hubo Basilio Muñoz que sacarlo de la línea.

Entonces, provocándolo más, plantó su bandera cerca de una casa, como diciéndoles: vengan a buscarla.

Ni un paso dieron.

Al otro día, al amanecer, el enemigo, declarado completamente en derrota, emprendió la retirada, habiéndolo hecho ya su gran convoy de heridos.

Aparicio Saravia los siguió siempre con varias divisiones, apresurándose su marcha, mientras nosotros, con todas las demás divisiones y el Estado Mayor, atendíamos nuestros heridos, remitiéndolos con todo lo que necesitaban, en carretas, carros y carroajes a Melo, donde los esperaban los auxilios y comodidades indispensables.

Impresiones de Pando

Los nacionalistas

La Dirección de LA REVISTA BLANCA, buscando afianzar su publicación tan eminentemente blanca, decidió enviarlos a Pando para difundirla y propagarla entre los compañeros de causa.

Los nacionalistas de esta zona importante del Departamento de Canelones, demostraron una vez más el amor al Partido de sus aficiones, prestándonos toda clase de apoyo para que la misión que se nos había confiado obtuviera el éxito más lisonjero y completo.

La titulada villa de Pando, a pesar de conservar aún el estricto aspecto colonial de su fundación, va modernizando su edificación y sus carreteras, como queriéndose preparar para un día ser la flamante capital del nuevo Departamento de Solís, a crearse, y que si aún no se ha llevado a la práctica tan importante proyecto, es motivado a la rémora que le opone la deprimente politiquería «experimental» del actual gobernante, que sólo se preocupa en dejar sucesores *del pelo*, y no de realizar obras de verdadera importancia nacional, que levanten el decaído espíritu de concordia, tan necesario para hacer próspera y feliz la patria de *todos* los orientales.

Este pueblo fué albergue cariñoso, por muchos años, de la heroica familia de Ignacio Mena, caido gloriosamente en el combate de Chafalote, durante la revolución reivindicadora de 1870. Allí pasó sus primeros años «El león» Antonio Mena, como lo motejó Aparicio Saravia en 1904, muerto valientemente entre los pedregales de Masoller!

También fué vecino de Pando, el pundonoroso militar, fallecido hace poco, don Bernardo Berro, alma noble y abnegada, digno descendiente de la estirpe que le dió tan ilustre apellido.

¿Quién no recuerda con veneración y sentimiento a los extintos correligionarios de este pueblo, don Celestino Alonso, el noble caudillo,

inseparable compañero de Trías y Saura, a don Cándido Hernández, el temerario guerrillero, muerto al frente de su escuadrón, en la sangrienta jornada de Tupambaé, y al generoso partidario don Albino J. Olmos?

La *guardia vieja* nacionalista está muy bien representada, por los señores Martiniano Burgueño, Américo Quiroga, Regino Soca, Ramón Costa, el inolvidable ex-juez de paz, Gutiérrez Hnos., Pargas, Eyherachar, C. Giorelo y otros dignos de mención, que nuestra corta estadía nos ha privado el gusto de conocer.

En el elemento joven, se destacan el Diputado doctor Alejandro Piovene, culto y desinteresado, que está preparando en la actualidad, en colaboración con el laborioso partidario escribano Isidoro Furriol, unos estatutos para la fundación de una Asociación Mutualista de Protección y labor cívica; Paco Lournaga, que en el movimiento revolucionario de 1904, sufrió injusta prisión, con Vicente Nicolini, R. Soca, y doctor Alzábar; después siguen, Carlos Volonté, Martín Hernández, Carlos Mazzuchi, estimable industrial, que aceptó la representación de nuestra Revista, y por último el simpático joven Martín Usabiaga Sala, miembro de la Comisión Auxiliar, en representación del Partido, que nos prestó su valioso concurso, con la asombrosa actividad que le caracteriza, por lo que le nombramos nuestro corresponsal.

No queriendo ni debiendo averiguar, a nuestro entender, las pequeñas desavenencias que puedan existir entre los buenos nacionalistas de Pando, debemos manifestar, a fuer de sinceros, que el joven Usabiaga Sala, podrá ser discutido entre filas, pero nadie puede descubrir sea un buen elemento, digno de figurar en los puestos de trabajos y acción partidaria, por su excelente buena voluntad, por su actividad y por su posición social.

No debemos olvidar que el porvenir es de la juventud; pues a ella entreguemos los desti-



nos de nuestra causa, si la sabemos sana y bien intencionada! La mayor parte de los desengaños y desavenencias del Partido Nacional, son hijas del acendrado celo cariñoso que cada afiliado siente por el partido de sus quereres y de sus sacrificios!

La impresión más *impresionante* que nos brindó Pando, durante nuestra visita, fué la «alaraca», casi de opereta, del movimiento bélico oficialista, mandando refuerzos de policías armadas y municionadas «hasta los dientes» que de noche tomaban posiciones en los puntos más estratégicos de los alrededores de la pacífica villa, cuyos habitantes urbanos viven sobresaltados al ruido del choque de armas y galope de patrullas!

¿Habrá soñado alguien hacer *pisar el palito* al Partido Nacional, para salvarse?

—¡Quién dijo miedo! Y sin embargo... ya lo vemos...

El Partido Nacional, observa con severa tranquilidad, aunque con gran sentimiento patriótico, cómo se debate el oficialismo imperante entre las convulsiones de esta horrenda crisis, que se ha creado en su mayor parte, a causa de su actuación exclusivista y absorbente.

Los nacionalistas de Pando, pueden y deben imponer un candidato propio que los represente en la legislatura, porque sabemos hay en ellos ciudadanos que tienen condiciones, tanto morales como intelectuales, dignas de que se les otorgue tal designación.

Muy grata fué nuestra permanencia en esta pintoresca villa, de la que quedamos sinceramente agradecidos, prometiendo no legarla jamás al ingrato olvido de la inconsiguiente.

L. DANERI NICOLINI.

Al corazón . . .

Era una tarde estival... Una de esas tardes tibias, plétoricas de dulzuras, que el espíritu escoge para consagrarse a las profundas meditaciones y a la concepción de ideas promisorias... Los últimos destellos crepusculares que fil-

traban por entre el sombrío ramaje de la arbolada vecina, guian mis trémulos pasos por la arenosa senda del verjel.

Llegué hasta la glorieta... En medio de las confusas sombras que inundaban aquel recinto

solitario, se erguía—como estatua desgastada por los años—el compañero fiel de mis dulces instantes, el único confidente de mis amargas desilusiones: un banco de piedra.

Me senté, aspirando el soplo vivificador de una leve brisa, impregnada de perfumes deliciosos...

Un tropel de pensamientos se agolpaban a mi mente, formando un caos enloquecedor...

¡Te había visto unas horas antes! Y tu imagen encantadora se levantaba airosa, en mi loca fantasía, aureolada por una pasión inmensa, ardiente, volcánica...

Virgen mi corazón al amor sensual, los dardos agudos de Cupido —transformados en dos pupilas fascinadoras que ostentas bajo tu frente— causáronle una herida muy profunda... que aún sangra.

* * *

Los continuados cambios de miradas hinchidas de cariño, y aquella táctica aceptación de mis galanteos, hicieronme acumular esperanzas y enardecer mis amores.

Pero bien pronto la nube de la duda vino a empañar las ilusiones rosáceas—que cual caprichosas mariposas—revolteaban por mi mente soñadora... ¡Supe que habías fijado tu amor en otro ser!

Y no obstante—presintiendo el vendaval que amenazaba echar por tierra el mundo de ensueños que había forjado—te confesé mi amor... Era algo imprescindible!

Porque, ¿Quién será capaz de acallar la voz soberana de un corazón que ama sincera, frenéticamente?

¡Nadie! Y precisamente por eso, porque era imposible eludir la fuerza de los hechos, yo— a pesar de temer, con fundado motivo, una negativa abrumadora—cometí la indiscreción de expresarte, aunque en un lenguaje rústico, exento de ese palabrerío que dulcifica y amenaiza el oído, la sublimidad de mi pasión...

Y se confirmaron mis augurios cuando tus

labios, hechos para la amable sonrisa, modularon aquel «no» trémulo, indeciso, alimentado por alguna esperanza...

Comprendo que no serás mía, que tu cariño no me pertenecerá, que en las horas en que la tristeza invada mi espíritu, tus manos, lejos de endulzar mis sufrimientos con sus caricias inefables, se posarán en otro ser... y sin embargo, ¡te amo!

El tribunal de mi pensamiento rechaza ese amor... Pero el corazón lo admite, lo desea, lo necesita...

Y se entabla una lucha tremenda en mi interior... Y sufro... Sufro horriblemente.

¿Por qué habrás cautivado mi corazón con el prodigo de tus pupilas? —pienso sentado en aquel banco de piedra, donde amontoné tantas esperanzas y concebí tantas ilusiones...

¿Por qué, si no podías colmar mis anhelos con la aceptación definitiva de mi amor, continuabas correspondiéndome ocularmente?

¿No era preferible que hubieras deshojado las flores sensitivas de mis ideales de un solo golpe, con un «no» rotundo, decisivo, categórico?...

No debieras sembrar en el alma de nadie la semilla de la ingratitud, que tan diseminada ya está por el Universo!

Mas, no importa. Eres joven, libre y hermosa. Obra como te plazca.

Y en estos instantes de continuas zozobras, de martirio interminable, no vacilo en solicitarle un favor... un solo favor que nada te ha de costar:

Si no puedes consagrame la predilección en el santuario inmaculado de tu alma, ódiame, ódiame con toda la vehemencia de tu juventud, porque prefiero me mates con tu indiferencia y desdén, a estar viviendo una existencia llena de incertidumbres y de dudas...

EMILIO CARLOS TACCONI.

Peñarol, Enero de 1915.

La elección presidencial UN PLEBISCITO

Nuestro ilustrado colega *La Democracia*, hermana mayor en la prensa nacionalista, ha establecido un plebiscito con el fin de oír la opinión de los correligionarios acerca de la actitud que corresponde asumir a los legisladores del Partido, en la elección presidencial de Marzo.

La iniciativa cuenta, desde luego, con todos nuestros sufragios, aun cuando conceptuamos

que la pregunta formulada constituye un verdadero problema de conciencia, de esos que no se resuelven así no más.

Nosotros, que tenemos opinión hecha al respecto, estimamos que la fórmula más eficaz sería esta: Los legisladores nacionalistas deben concurrir a la asamblea, votar un candidato propio, y en el acto del lunch, explicar y justificar los motivos de esa actitud.

Consultorio



femenino

A MIS LECTORAS ESTIMABLES — Hago saber que a las señoras o señoritas que sufren alguna afeción y no cuenten con los medios para consultar un médico, se les proporcionará asistencia gratuita en el consultorio de un distinguido y humanitario facultativo, que ha ofrecido sus servicios profesionales. Pedir tarjeta a la que suscribe, enviando la dirección, nombre y apellido.

Flor silvestre — Sarandi del Vi. — No sé a qué se refiere usted, si es al valor de los versos, o a lo que ellos expresan; si es a esto último, le diré que creo que el autor de ellos está enamorado de la niña a quien se los dedica. Quizás me equivoque, pues no soy infalible. Usted dirá.

Rosa encarnada. — Para su mal únicamente un pedicuro; puedo indicarle uno excelente y que cobra arreglado a la situación: el señor Puigarnau, calle Ituzaingó 1344. Horas de consulta, de 2 a 5.

Viola. — Ante todo trate de averiguar las causas, porque una mudanza tan rápida debe de tener por fuerza sus motivos.

Leila. — No basta que usted lo crea; es preciso que él se justifique delante de sus padres. Si no lo hace, no debe usted de seguir esa relación.

Laura. — Sí, sé de lo que se trata, y por lo tanto yo creo que la solución de estos asuntos no debe prolongarse. Cuesta tan poco enamorarse!...

Coca. — Debe de reunir todas sus fuerzas para defenderse. La razón está de su parte.

Tila. — Yo creo que exageras por alguna prevencción. En medio de esa rudeza que te disgusta, se advina en él cierto fondo de bondad. Obsérvalo bien.

Amanda. — Hubiera cometido una imprudencia; espere un poco más.

Virginia. — Lo primero es de poca importancia; lo segundo es lo difícil. Si se atreve, hágalo usted, pero consulte antes con su padre o hermanos.

Ninom. — Amiga mía: el derecho no siempre triunfa; créalo usted; así que yo considero más conveniente dejar que el tiempo tranquilice los ánimos. Las cuestiones de familia hoy nacen y mañana mueren.

Alejandrina. — San José — Quizás se dé usted una triste idea de mi modo de pensar, pero como conozco un poco el mundo, desconfío de las pasiones exageradas. Cuando verdaderamente se ama, las distancias se acortan y las

barreras desaparecen. Los hombres, casi en su totalidad, cubren su rostro con una careta, para engañar con más facilidad a la mujer con mentidas esperanzas, y luego las abandonan porque sí, sin otro consuelo que su propia desesperación. No se deje alucinar con fantasmagorías; que justifique esa gran pasión que dice siente, pero con hechos. Siga mi consejo que no le pesará.

Mirasol. — Las confecciones que usted me pide, las encontrará en lo de Correa y Luna, Juan C. Gómez N.º 1528. Excuso manifestarle que por su corte y elegancia ya verá usted que son de las principales casas de París. También encontrará en la misma casa unos generitos especiales para batones. Puede hacer los pedidos por teléfono o correo, que serán atendidos.

Sola. — Paysandú. — Ya es tarde para reflexionar; ya no hay enmienda posible. Ahora sólo le resta cumplir con su deber. Desheche usted la infame idea de abandonarle; considere que aunque nació en el silencio, es un pedazo de su alma, y por lo tanto él tiene derecho a no ser desgraciado. El pobrecito no tiene culpa. Piense que si usted hace lo que el padre, abandonarle, con el solo amparo de Dios, llegará un día en que verá con envidia que otros tienen madres que los miman y acarician. Entonces se acordará de la de él, que también la tuvo, pero será para maldecirla, y con justísima razón. Cumpla como madre, y quizás él, arrepentido de su mal proceder, al ver su sacrificio, cumpla la palabra empeñada con usted, premiando así su abnegación. Que Dios ilumine sus pasos.

Pirinchá. — Estoy convencidísimo que de ciertas cosas que les pasan a algunas niñas, ellas mismas se tienen la culpa, pues creen que llegando a cierta edad tienen el derecho de gobernarse, de hacer su santa voluntad, y poseídas de esa autoridad, olvidan hasta la noción de lo qué es recato. Quizás mis frases hieran su susceptibilidad, pero algunos párrafos de su carta me obligan a ello. Más moderación, señorita, y sobre todo, consulte a su mamá para todos los actos de la vida. Verá usted cómo el camino será menos escabroso y de más provecho para su propia persona. La niña virtuosa siempre es admirada.

ALONDRA.

Reflexiones de actualidad

Deshojando ...

Pesa sobre la promisoria Patria, cuna del grande Artigas, un período angustioso, lleno de descalabros, de miserias, de horrores.

Llevemos nuestra pluma en el terreno de la

sinceridad, y seamos leales, no ultrajándole la veracidad real a los hechos que se suceden; Digamos abierta y francamente: se siente hambre; todo un pueblo, ayer sumiso, reconoce, reprimiendo el despotismo con que es gobernado,

demostrando estar archi-cansado de ser estropeo de gobiernos usurpadores. Basta; no disertemos ahora esto; dirijamos nuestra vista en el terreno del dolor, disertando en algo el tópico que, siendo más fresco, es de más predominio entre todos; ese tema inagotable que está en boga por crítica necesidad.

Vayamos sin mayores preámbulos al grano. La crisis. Recapacitemos: ¿tenemos nosotros por qué conocer sus afectos? ¡No! ¿Y entonces, por qué actuamos en ese drama si no tenemos por qué ser actores? Paremos, mientras pensamos.

¡Oh! joven Patria, terruño novicio, tierra que por ser tan nueva encierras las más grandes riquezas. Tú, que poseyendo todo lo que es imprescindible para vivir, ¿permites que tus hijos sean el escarnio de la necesidad? No, es imposible creerlo. Bien lo reconocemos. ¿Por qué será entonces que te olvidan tanto *los del poder* y, en medio de ese olvido consentido te explotan bárbaramente?

¿Por qué no reivindicas, Patria? No puedes.

Tus hijos de conciencia reconocen el crimen vehementemente que se comete. ¿Callamos? — ¡No! — ¡Gritamos, batallamos con denuedo; más de una vez son justas blasfemias nuestras recapacitaciones, pero reconocemos que es inútil: la fuerza bruta del adversario, nos vence fácilmente.

Veamos cómo vence un tigre indómito, animal sanguinario que mata por vicio; hagamos luchar a éste con un indefenso corderito... ¿Y qué vemos?... el final previsto, el triunfo fácil. ¿Pero no apercibimos la diferencia de fuerzas y de sentimientos? Sí, claramente lo vemos: la fuerza de ensañamiento sobre pasa a la sinceridad bien demostrada... ¿Y ese triunfo es halagador? Nunca, jamás: es pernicioso, inspira asco.

Pero, en el campo político, un triunfo de esa índole los engrandece, los enorgullece. ¡De bajas pasiones se llenan sus espíritus! ¡Pero duan que allá—creamos muy en lontananza—viene al compás de una marcha paulatina—pero segura—el pendón que desenmascarará a los que, cubiertos bajo la hipócrita careta de la falsedad, rigen los destinos de la nación, pisoteándola.

Allá también, en un horizonte más cercano, despunta en forma que halaga, un sol, sol puro y grande que glorificará brillantemente a los que haciendo conocer los *despilfarros*, no son reconocidos como los sinceros defensores de un pueblo aprisionado.

Nos hemos extraviado del derrotero. Lamentamos, pero no obstante esto, sigamos con el tema de *trascendente actualidad*.

Ya han tenido los administradores de nuestra patria, sobradísimos motivos como para poderle aplicar —sin embarazo alguno— el apóstrofe más adecuado a la presente situación, sea éste: La conflagración europea.

Es irrisorio poder creer que la contienda del viejo continente, sea lo que directamente ocasione tanto malestar en nuestro país.

Absurdo es acceder ante un apelativo *tan sinceramente* aplicado. ¿Es que los habitantes del Uruguay, sin la cooperación total de la Europa, quedan aniquilados, faltos de los primeros elementos?

¿Será así? ¿Sin los productos extranjeros se nos haría imposible la existencia? ¿No será esto un mero lujo gubernativo?...

¿No lo deberemos refutar como ilógico?... Seguiremos disertando.

SILVIO.

Divagaciones sobre política

Cada hombre tiene en sí mismo su primer y mayor enemigo, porque obedece a sus pasiones. Pero el verdadero político debe tener en sí mismo su primer y mejor consejero, refrenando sus pasiones, nulificándolas hasta donde sea posible, para no atender más que a la razón o a la conveniencia.

Mala práctica es en política llamar «sociedad» al grupo que marcha de acuerdo con nuestras ideas; «pueblo» al grupo que se deja manejar conforme a nuestros intereses; y designar al resto con los epítetos de «populacho», «plebe», «horda» o «canalla». El conjunto de todas esas clases, de todas esas capas sociales, es precisamente lo que, en buena sociología, constituye el pueblo, y cada una de ellas tiene su valor intrínseco, como lo tienen en

arquitectura los cimientos, el cuerpo del edificio y el astial que lo corona, por más que los materiales de que cada parte se compone tengan valor distinto.

El político debe considerar que no hay hombre, por pequeño que sea, incapaz de hacer un gran daño. En política no hay cantidades despreciables.

Creer que puede vivirse de la política y conservar limpias las manos y la conciencia, es tanto como presumir que se puede ser carbonero sin tiznarse, porque no saber ser malo a tiempo, es lo peor que puede acontecer a un político.

X.

Notas administrativas

La Administración de LA REVISTA BLANCA hace saber a los señores suscriptores del interior, que deben abonar por adelantado sus suscripciones, cuando menos un trimestre; de lo contrario se les suspenderá el envío de la revista.

* * *

A los señores agentes se les ruega traten de cancelar con puntualidad sus suscripciones menores, de lo contrario se eliminarán como tales.

No se admiten suscripciones del interior y exterior, sin previo pago adelantado.

* * *

A todo subscriptor que consiga 10 suscripciones (desde el 1.^o de Enero de 1915 en adelante) y envie el importe total adelantado, la Administración de LA REVISTA BLANCA le remitirá de inmediato tres obras de Carlos Roxlo lujosamente encuadradas.

Fábrica de Cajas de Cartón de R. MAGARIÑOS

Colonia, 918.

Montevideo

SANATORIO ALVARIZA

18 de Julio, 1277

Montevideo

Interesa a las familias

LA REVISTA BLANCA publicará GRATIS en su Galería Infantil, las fotografías que se le envíen de niños y niñas menores de 7 años de edad. Al dorso de la fotografía y con letra clara debe ir el nombre.



Al Cirujano de las Tijeras

Casa fundada en 1880—Cuchillería y Taller de Afilación a Electricidad, de P. Adolfo Yerle — Calle Ciudadela núm. 1258, entre Soriano y San José.

La casa Correa Luna Hnos. recomienda a su clientela su taller de confecciones sobre medida, pues cuenta con una cortadora de primer orden.

Además ofrecemos confecciones extranjeras con gran rebaja de precios.

Juan C. Gómez, 1332

Correa Luna Hnos.

A los Señores Suscriptores

La Administración ruega a los señores suscriptores se sirvan comunicar cualquier deficiencia en el envío de la Revista, en la seguridad de que será subsanada de inmediato.



ANTONIO DUÑACH CONSTRUCCIONES DE HIERRO EN GENERAL MONTEVIDEO.

G. WORMS y A. NIETO

TIPOGRAFIA "LA LIGURIA"

JUNCAL, 1431-1433

Teléf. «La Uruguaya», 1607 (Central)

GAYETANO DEVOTO

MONTEVIDEO

CASA DAMONTE y Cía.

Especialidad en medidas y gran surtido de calzado de todas clases - Calzado norte americano ::::: WALK OVER :::::

CALLE JUNCAL, 1392

MONTEVIDEO

Cirujanos Dentistas - Calle Juncal, 1415, entre Rincón y 25 de Mayo.— Instalación moderna - Operaciones sin dolor - Dientes postizos de toda clase - Trabajos perfectos y garantidos - Consultas de 9 a 11 y de 2 a 5 p. m.

NACIONALISTAS:

Suscribirse a "La Revista Blanca" y fomentar su difusión, es dar una prueba de amor a la causa.

JUAN PABLO ROMERO

Remates, Tasaciones, Balances

Agente de Negocios, Ferias - Ganaderas, campos para vender y arrendar y transacciones rurales y comerciales en general.

Depto. de Florida

25 de Agosto

Gran Farmacia Palet

de MOREIRA y Cía.

Exclusividades: Perfumerías finas y artículos higiénicos de tocador.—**Sarandí, 324**

RUPERTO SIENRA

INSTALACIONES ELÉCTRICAS

Misiones, 1423

Teléf. La Uruguayana 831, Central

Los éxitos de la "Cocina Económica", son debidos:

- 1.^o A la higiene que se observa
- 2.^o A la bondad de los alimentos
- 3.^o A la comodidad y rapidez del servicio
- 4.^o A la economía importante que experimenta todo cliente
- 5.^o A su ubicación central:

CERRITO Y CIUDADELA

ABRAHAM S. REQUENA MUÑOZ
CORREDOR Y REMATADOR

Agente de negocios rurales. Escrit. provisorio: Rincón, 541. Montevideo